

La ciudad levantada sobre huesos y huesos

José Manuel Arango



Fotografía de Alberto Restrepo.
Belén Altavista, Medellín 1985.

SOY: PIENSO

Alberto Restrepo

SOY: PIENSO*

Alberto Restrepo**



El *cogito, ergo sum* cartesiano no podría ser una inferencia,¹ porque el silogismo, un entimema, requeriría una premisa mayor omitida, *id quod cogitat, est*, la premisa cuyo predicado fuese el predicado de la conclusión (ser, existencia): yo pienso, lo que piensa existe, por lo tanto yo existo. Ahora bien, esa premisa no podría ser un pensamiento cartesiano, sino más bien uno spinocista. No es sólo omitible, sino también impensable por Descartes para puesta en acción de la filosofía, un proceso de pensamiento que comenzara en el solipcismo de un “yo” interior y no desde la publicidad de un “él” exterior. Pues «todo discurso, cualquiera que sea, está construido por un conjunto de enunciados (*enoncés*) que son producidos cada uno en su propio lugar y tiempo, como uno entre muchos eventos discursivos» (Foucault, 1972, 593) y esa premisa haría del *cogito, ergo sum* en el caso particular de una proposición general previamente conocida de su experiencia de individuo, en el exterior de la privacidad y de la conciencia de su discurso, convirtiendo el proceso de pensamiento, el *Discurso del*

método, de fórmula temática: yo pienso, luego yo soy o existo, o las *Meditaciones metafísicas*, de fórmula operatoria: yo soy, yo existo, en algo que se volvería inútil.

Replicando a una objeción, Descartes mismo apuntaba:

*[...] cuando alguien dice **pienso, luego soy o existo**, no infiere su existencia del pensamiento como si fuese la conclusión de un silogismo, sino como algo notorio por sí mismo, contemplando por simple inspección de espíritu. Ello es evidente, pues, si la dedujese mediante un silogismo, tendría que haber establecido antes esta premisa mayor: **todo cuanto piensa, es o existe**. Y muy al contrario, a esto último llega por sentir él mismo en su interior que es imposible que piense si no existe. Pues es propio de nuestro espíritu formar proposiciones generales a partir del conocimiento de las particulares (1977, 115).²*

Evento de pensamiento más bien de Spinoza, crítico de Descartes, para quien, pensando desde el exterior, y no “por simple inspección del espíritu”, sino por conceptos, «el hombre

* Texto presentado en el VI Foro Nacional de Filosofía, Universidad de Antioquia, Departamento de Filosofía, mayo 26, 27 y 28 de 1983.

** Fue profesor del Instituto de Filosofía, Universidad de Antioquia, Medellín.

1 «El *sum* no es una consecuencia del pensar, sino por el contrario su fundamento (*Grund*), su *fundamentum*» (Heidegger, 1975, 95).

2 A propósito de una objeción recogida por P. Mersenne.

piensa»,³ como axioma, pero «el pensamiento es un atributo de Dios»,⁴ quien es la única sustancia,⁵ y «al ser del hombre no pertenece el ser de la sustancia».⁶ Entonces, la premisa «*id quod cogitat est*» debe significar el reconocimiento espinoso de que ese *id*, del cual el atributo o esencia de pensamiento es lo mismo que la existencia, es Dios, pero no un hombre,⁷ la sustancia-mi cartesiana de un Yo; pues, lo que es conocido por sí mismo no es «*cogito, ergo, sum*», sino la sustancia.

Ahora bien, supóngase que alguien argumenta «yo pienso, luego yo existo», sosteniendo, en contra de la aclaración de Descartes, «todo lo que piensa, existe».

En tanto evento de habla, «yo pienso, luego yo existo», (*yo pienso*) no sería una inferencia, sino un ejemplo particular de la proposición general: «todo lo que piensa existe», el ejemplo del sujeto, que es verdadero en la medida que el sujeto exista. «Luego yo existo» no se referiría al acto de inferir «yo existo» de «yo pienso», gracias a la proposición general, sino al evento de ejecutar la enunciación *yo pienso*; en términos de Descartes, a la experiencia de pensar el pensamiento «yo pienso», al pensamiento «yo pienso» como experiencia.

En tanto evento narrado, «yo pienso, luego yo existo» es verdadero en la medida en que el sujeto exista y piense o diga «yo pienso» (*yo pienso*). El enunciado «*cogito, ergo sum*» combina dos proposiciones, «yo pienso» y

«por lo tanto yo existo», en el cual la última se refiere a la primera, a su ejecución y a su ejecutante. Sería el caso personal de un enunciado de la enunciación, siendo «por lo tanto» el recurso morfológico para superponer un elemento del código: *yo* sobre el mensaje: «yo pienso» (Jakobson: una estructura doble del lenguaje) y que funcionaría como escritura bastardilla: «yo pienso, *yo soy o existo*».

Tu dices «yo pienso», por lo tanto tu hablas, tú eres; yo digo «yo pienso», por lo tanto yo hablo, yo soy. «Mi existencia no puede, por lo tanto, ser considerada como una inferencia de la proposición “yo pienso” [...] sino que es idéntica con ella».⁸ Lo cual es el análisis kantiano, sólo que nosotros no objetamos que todo lo que piensa existe bajo la asunción de que todos los entes que poseyeran pensamiento serían entes necesarios.

CONDICIÓN

Excúsame la lógica tediosa, la falta de *finesse*, si eres tú intuitivo, o a la pensatez del estilo, la falta de la *géometrie*, si eres tú analítico. No pensé que me crearías, si apenas te hubiera dicho:

has de luchar contra la evidencia de que si un hombre (Descartes o tú) es decapitado, el pensamiento deja de existir; y no sólo el pensamiento, sino también el lenguaje, porque ahora el sujeto está callado; o la vida, porque el animal muere; o el afuera, porque las puertas han sido cerradas

3 *Ética*, Parte II, axioma IV.

4 *Ética*, Parte II, proposición i.

5 *Ética*, Parte I, proposición XIV.

6 *Ética*, Parte II, proposición X.

7 «La existencia de Dios y su esencia son uno y lo mismo» (*Ética*, Parte I, proposición XX), pero «la esencia del hombre no implica la existencia necesaria; esto es, según el orden de la Naturaleza, lo mismo puede suceder que este o aquel hombre exista como que no exista» (*Ética*, Parte II, axioma I).

8 Emmanuel Kant, *Crítica de la razón pura*, B. 423, nota a

(y la conciencia es una puerta en el desierto); o la sociedad, porque no habría individuo; o la humanidad, porque en la explosión de papel el tigre nos devoraría.

«La psicología más vieja y de antigua fecha estaba trabajando aquí –ciertamente no ha hecho más nada–: todo acontecimiento era una acción, toda acción el efecto de una voluntad, el mundo se volvió una multiplicidad de agentes, un agente (“sujeto”) subyacía en todo acontecimiento».⁹

NIETZCHE

En el flujo de palabras, ¿quién soy yo? ¿La pregunta o la respuesta de un diálogo? ¿Un índice, el índice apuntado hacia mi cuerpo, hacia mi boca cuando yo hablo, hacia mis oídos cuando yo escucho? Las palabras son cosas, las cosas son palabras,... pero las palabras no son las cosas.

Ningún razonamiento podría probar la Razón, podría avocar por el fetichismo del lenguaje.¹⁰

UNA DEFINICIÓN DEL YO

La psicología ha sido ciertamente necesaria para proveer en teoría la nueva normatividad

de los individuos de la sociedad industrial,¹¹ pero no para una definición estrictamente lingüística del Yo como significante.¹²

1. El conmutador (*shifter*) que funcionando como sujeto gramatical de un enunciado designa el sujeto de la enunciación, el sujeto parlante actual; el conmutador que permite la transmisión e intercambio de la palabra durante la conversación, el circuito del habla en un diálogo (de Saussure: *le circuit de la parole*).
2. Sin embargo, el nombre intercambiado, el conmutador *yo*, «designa el sujeto parlante, pero no lo significa. Como es evidente el hecho de que cualquier¹³ significante del sujeto de la enunciación puede faltar en el enunciado» (Lacan, 1966, 800).

Conmutadores es un término creado por Otto Jespersen y designa lo que Roman Jakobson¹⁴ conoce como símbolos indicativos: símbolos, que significan un objeto, en tanto que están “convencionalmente” asociados con objetos, como cualquier otro símbolo del código (el lenguaje en cuestión); índices, que apuntan a un objeto, en tanto se refieren “existencialmente” a objetos, como cualquier otro índice del mensaje (el habla en cuestión); y símbolos indicativos, que combinan ambas características, símbolos (significación) e índices (referencia), en tanto que el objeto, lo que ellos significan, es a lo que ellos refieren.

9 Federico Nietzsche, *El ocaso de los dioses*, “Los cuatros grandes errores”, # 3.

10 «Nos encontramos en medio de un rudo fetichismo cuando traemos a cuento las presuposiciones básicas de la metafísica del lenguaje, es decir, de la *razón* [...] La “Razón” en el lenguaje: ¡oh que vieja embustera! Temo que no nos desembarazaremos de Dios porque todavía creemos en la gramática [...]», Friedrich Nietzsche, *op.cit.*, “La ‘Razón’ en la filosofía”; # 5

11 Esto no pretende dar cuenta de la posibilidad intrínseca de las ciencias humanas, sino señalar su condición exterior (cf. Foucault, 1968, capítulo X, sección 1).

12 Usando la terminología saussureana de Lacan (1966, 800). Cf. La observación de Roland Barthes en “To Write: an Intransitive Verb?” (1972, 139).

13 [N. de E.]: En el original aparece un espacio en blanco. No es claro si falta una palabra.

14 Utilizando la terminología de Peirce en Jakobson, R. “Shifters, Verbal Categories and the Russian Verb” (1974b, 131). Las siguientes conclusiones no son de Jakobson, aunque están apoyadas por una abstracción de sus conceptos, especialmente de las secciones “Shifters and Other Duplex Structures” y “A [?]empet to Classify Verbal Categories” (1974b, 130-136).

Tal objeto se significa por una referencia (*renvoi*) (Jakobson, 1974, 130-322) del código del mensaje, desde y dentro del mensaje mismo: referencia al mensaje, como evento de habla, en el mensaje, como evento narrado. En otras palabras, una referencia a la enunciación en el enunciado (134).

Las entidades lingüísticas son siempre de doble faz, lo que, desde Saussure, constituye la esencia misma del lenguaje, después de todo, objeto de conocimiento y *a priori* del conocimiento. Gracias a la duplicidad de un mensaje, a la vez cosa y cosa dicha, o, inversamente, a la vez palabra y evento de la palabra, es posible que el mensaje diga (como evento narrado) lo que el mensaje mismo es (como evento de habla), tomándose a sí mismo como objeto. E, igualmente, es posible que un conmutador diga lo que el conmutador es, que se signifique a sí mismo en tanto que objeto referido. Así, el objeto referido por un conmutador en el mensaje, como evento narrado, no es nada fuera sino dentro del mensaje, como evento de habla. El objeto del conmutador existe sólo en la medida en que el mensaje exista: si no hay mensaje, no hay evento de habla qué referir en el evento narrado; si no hay evento de habla, no hay objeto en el evento de habla para significar y referir, por el conmutador, en el evento narrado. Más aún, el objeto del conmutador no existe como una cosa en sí, con una sustancialidad suya propia, porque el objeto no es más que el conmutador mismo: conmutador en el evento narrado, objeto en el evento de habla.

El conmutador en el evento narrado es un pronombre en primera o en segunda persona (*yo* o *tú*, por ejemplo) y el objeto en el evento de habla un participante de él, ejecutante ac-

tual o potencial. Lo que un pronombre personal hace es identificar el participante del evento de habla (el objeto referido) con el participante del evento narrado (el objeto significado).¹⁵

«*Yo* significa el remitente (y *tú*, el remitido) del mensaje al cual pertenezca» (Jakobson, 1974, 132).

Yo significa el objeto que enuncie “yo”: *yo* en el enunciado significa el sujeto que enuncia “yo” en la enunciación. *Tú* significa el sujeto que escuche “tú”: *tú* en el enunciado significa el sujeto que escucha “tú” en la enunciación.

En cuanto a los pronombres de tercera persona, ellos no son conmutadores porque terceras personas (o cosas) no son participantes del evento de habla, sino sólo del evento narrado. Un pronombre de tercera persona es un indicador no conmutador (134) porque no hay referencia (*renvoi*) del código del mensaje; el pronombre de tercera persona significa y refiere a sus objetos sólo a través de categorías verbales adecuadas de reducción a predicados lógicos. Las terceras personas no hablan, no participan del evento de habla, son “impersonales” (Jakobson, 1974b, 582). Los lingüistas dicen: «“él” o la no-persona nunca refleja la instancia del discurso; “él” está situado fuera de ella». ¹⁶ A diferencia de un conmutador, los pronombres de “tercera persona” de un enunciado no reflejan la enunciación y no dan imagen ni referencia de la persona que los usa y que busca en ellos un sentido.

Yo significa “este locutor”, mientras que *tú* significa “este oyente”. Ahora bien, un ejemplo: alguien dice, tal vez nostálgico y deseante de

15 “Persona” es una categoría verbal (Jakobson, 1974b, 134).

16 Barthes comentando a Benveniste, en (1974, 1339).

una sustancialidad más allá del lenguaje, «yo me significa y tú te significa», lo cual es verdadero, pero sólo en la medida en que alguien lo diga.

Yo significa «yo estoy hablando» y, ciertamente, como alguien dice “yo” significa solamente que él es el locutor. Además de esta determinación gramatical de ser la referencia para los pronombres de primera persona de un código (*la langue*), no hay nada en un mensaje (*la parole*) cuyo concepto fuera diferente del concepto de ejecución de un habla, del concepto del locutor. No es un Ego psicológico, sino un conmutador, no la naturaleza humana de un Hombre antropológico, sino la esencia doble del lenguaje. *La significación de locutor es el único concepto de “yo”*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARTHES, Roland (1972). *The Structuralist Controversy*. R. Mackesey y E. Donato (ed.). Baltimore: The Johns Hopkins Press.
- DESCARTES, René (1977). *Meditaciones metafísicas con objeciones y respuestas*. Introducción, traducción y notas de Vidal Peña. Madrid: Alfaguara.
- FOUCAULT, Michel (1968). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.
- _____ (1972). “Mon coros, ce papier, ce feu”. En: *Historie de la folie à l’âge classique*. Paris: Gallimard.
- HEIDEGGER, Martin (1975). *La pregunta por las cosas*. Buenos Aires: Alfa.
- JAKOBSON, R. (1974a) “Implications of language Universals for Linguistics”. En: *Selected Writings II*. La Haya, Mouton.
- _____ (1974b) *Selected Writings II*. La Haya, Mouton.
- LACAN, Jacques (1996). *Ecris*. “Subversion de sujet et dialiectique du desir”. Paris: du Seuil, 1966.



